

cia, Condé, afortunada mezcla de talento y de audacia, manifestó antes que nadie el verdadero genio de las batallas y Turena el de los movimientos; que, sin embargo, dividida la infantería en mosqueteros y lanceros de á pie, no sabía maniobrar; que Vaubán, dotándola con el fusil de bayoneta, pudo formarla en tres filas; que el príncipe de Anhalt Dessau, encargado de educar al ejército prusiano, constituyó el batallón moderno que puede hacer muchos disparos presentando menos blanco al enemigo; que Federico con estos batallones, teniendo que luchar en las fronteras de la Silesia y de la Bohemia, cambió el orden de batalla clásico, y adaptó el primero las armas al terreno; que obligado á combatir tan pronto con los austriacos como con los rusos y los franceses, ensanchó el círculo de las grandes operaciones, siendo el autor de dos progresos considerables en el arte de la guerra; que después de él vino la revolución francesa, la que no pudiendo oponer más que masas populares á la Europa coligada, resistió por su número y su denudedo á los viejos ejércitos; que la infantería, expresión del desarrollo de los pueblos, ocupó definitivamente su puesto en la táctica moderna, sin que perdiesen el suyo las armas especiales; que, por último, un hombre extraordinario, dotado con un talento profundo y vasto, con un carácter audaz como la revolución francesa de la que procedía, elevó el arte de la gran guerra á su perfección, meditando profundamente sobre la configuración geográfica en los países en donde debía operar, escogiendo siempre bien el punto en donde podía descargar golpes decisivos, reuniendo al arte de los movimientos generales el de combatir bien en cada terreno, buscando siempre ó en el suelo ó en la situación del enemigo la ocasión de sus grandes batallas, no titubeando jamás en darlas, porque eran las consecuencias de sus movimientos generales; en una palabra, conduciéndose con tanto acierto que con cada una de ellas echaba por tierra un imperio, lo que excitó desgraciadamente en él la más peligrosa de las embriagueces, la de la victoria, el deseo de la monarquía universal y su caída, de modo que este sabio legislador, este hábil administrador, este gran capitán, fué á causa de todas estas superioridades un másimo político, porque perdiendo la razón en el seno de la victoria, avanzó de triunfo en triunfo á caer en un abismo.

Ahora si se le compara con los grandes hombres sus émulos, no ya desde el punto de vista especial de la guerra, sino desde otro concepto más general, el del conjunto especial de sus talentos y de su destino, el espectáculo es más vasto, más moral y más instructivo. Con efecto, si nos paramos en el ruido, en la importancia de los sucesos, en la emoción producida en los hombres, en la influencia ejercida sobre el mundo, es necesario para encontrar figuras semejantes á la suya, recurrir nuevamente á Alejandro, Aníbal, César, Carlomagno, Federico; y colocando su fisonomía al lado de las de estos héroes, lograremos formarnos una idea de ella, á un tiempo más precisa y más completa.

Alejandro, heredero del ejército de su padre, con la sabiduría de los griegos, apasionado por sus aplausos, penetra en Asia, no encuentra más obstáculo que la debilidad persa, y avanza hasta tocar los límites del mundo conocido. Si sus soldados no le detuviesen llegaría hasta el Océano Índico. Obligado á regresar, sólo

tiene un deseo, el de empezar de nuevo sus correrías aventureras. No es en su patria en quien piensa, la cual no sabe qué hacer con tantas conquistas, sino en la gloria de recorrer el universo como vencedor. Su pasión es su renombre, reconocido y aplaudido en Atenas. Generoso y hasta bueno, mata á su amigo Clitus y á sus mejores tenientes Filotas y Parmenión, porque su lengua imprudente ha atentado á su gloria. La fama, he aquí su objeto, el más vano entre todos los que buscan los grandes hombres; y cuando después de haber dejado reposar á su ejército, vuelve á emprender su marcha en pos de su primero y único deseo, embriagado con las delicias del Asia, muere sobre la púrpura y en el vino. Ha seducido á la posteridad con su belleza heroica, pero no hay vida más inútilmente ruidosa que la suya, porque no llevó la civilización griega más allá de la Jonia y de la Siria en donde ya reinaba, y dejó al mundo griego en la anarquía y en disposición de sufrir la conquista romana. Moralmente, agradaría más ser el sabio Filopemeno, que no adquirió tanta fama, pero que prolongó algunos días la independencia de los griegos.

Al lado de esta vida, á la vez tan llena y tan vacía, he aquí la más vasta, la más grande, la más enérgica del mundo, la de Aníbal. Este mortal á quien Dios otorgó todos los dones de la inteligencia y del carácter, y el más á propósito para realizar grandes empresas, procedía de una familia de antiguos capitanes, todos muertos con las armas en la mano por defender á Cartago. Su alma era una especie de metal forjado en la ardiente fragua de los odios que Roma excitaba en torno suyo. A los nueve años salió de Cartago con su padre, y fué adonde iban todos los suyos, á vivir y morir combatiendo contra los romanos. Sus juegos son la guerra. Niño aún, duerme en los campos de batalla, su cuerpo se hace insensible al dolor, su alma inaccesible al temor, y su talento se acostumbra á ver tan claro en el tumulto de los combates como otros en el más completo reposo. Habiendo muerto su padre y el esposo de su hermana, uno y otro en el campo de batalla, el ejército cartaginés le aclama su jefe á los veintidós años, y le impone, por decirlo así, al senado de Cartago, envidioso de la gloriosa familia de los Barca. Toma el mando de este ejército, le forma á su imagen, ó lo que es lo mismo, le comunica su audacia, su constancia y sobre todo su odio á los romanos; le conduce á través de la Europa, entonces desconocida como hoy lo es el centro del Africa, se atreve á traspasar los Pirineos, después los Alpes con ochenta mil hombres, de los que pierde las dos terceras partes en este extraordinario trayecto, y dirigido por el profundo pensamiento de que es en la misma capital de Roma en donde debe combatir á Roma, logra sublevar contra ella á sus súbditos italianos sometidos á su poder contra su voluntad, cae sobre los generales romanos, los obliga á salir de su campamento excitando la bravura del uno, la vanidad del otro, los destruye sucesivamente, y hubiera triunfado de todos, si no hubiera encontrado por fin á un adversario digno de él, á Fabio, que quiere que se oponga á este coloso, no batallas en las que es invencible, sino la verdadera virtud de Roma, la perseverancia. Notando Aníbal que se ha engañado al contar con los galos, ardientes, pero inconstantes

como todos los bárbaros, viendo que Roma es indomable, se dirige al Mediodía de la Italia, en donde había una rica civilización consistente en ciudades gobernadas como Roma, es decir, por senados que el pueblo no quería.

A pesar de ser aristócrata, destruye en todas partes al partido aristocrático, confiere el poder al partido democrático, hace de Capua el centro de su imperio, y no se duerme, como se ha dicho, en las delicias que no sabe gustar, sino reposa, reorganiza su debilitado ejército, amasa para él solo las riquezas del país, y abandonado por su ruín nación, llamando al mundo entero en su ayuda, extendiendo la guerra á la Grecia, al Asia, destruye sin cesar las fuerzas enviadas contra él, se sostiene doce años en su conquista, hasta el punto de hacer considerar á los romanos su presencia en Italia como un mal sin remedio. Pero llega un día en que los romanos á su vez llevan la guerra á los muros de Cartago; llamado á su patria, lucha con un ejército destruído contra el ejército romano reorganizado, y su fortuna, ya antigua, se ve vencida por una fortuna naciente, la de Scipión, según la ordinaria sucesión de las cosas humanas. De regreso de su patria, procura reformarla para que pueda empezar de nuevo la lucha contra los romanos. Denunciado por aquellos cuyos abusos atacaba, huye á Oriente, trata de despertar la debilidad de Antíoco, le persigue el odio de Roma, y cuando ya no puede luchar más, toma el veneno y muere siendo el último miembro de su heroica familia, porque todos sucumben como él combatiendo por una causa santa, la de la resistencia á la dominación extranjera. Contemplando á este admirable mortal, dotado de todos los genios, de todos los valores, se busca en él una debilidad cualquiera y no es posible encontrarla. Se busca una pasión personal, los placeres, el lujo, la ambición, y no se halla más que una, el odio á los enemigos de su patria. El romano Tito Livio le acusa de avaricia y de crueldad. Aníbal reunió con efecto inmensas riquezas sin disfrutar jamás de ninguna de ellas, y las empleó todas en recompensar á su ejército, el cual, compuesto de soldados asalariados, es el único ejército mercenario que no se ha insurreccionado en el mundo, contenido como estaba por el genio de su jefe y por la sabia distribución que hacía en él de los frutos de la victoria. Envió á Cartago, es cierto, muchos despojos de caballeros romanos inmolados por la espada cartaginesa, pero no se cita ningún acto de barbarie cometido por él fuera del campo de batalla. Las reconvencciones del historiador romano son, pues, alabanza, y lo que la posteridad ha dicho, lo que las generaciones más remotas repetirán, es que ofreció el más noble espectáculo que pueden dar los hombres; el de un genio exento de todo egoísmo, y sin más que una pasión, el patriotismo, del que es mártir glorioso.

He aquí ahora otro mártir, no del patriotismo, sino de la ambición, raro mortal, lleno de seducción, pero cargado de vicios y culpable de espantosos atentados contra la constitución de su país: Julio César, el tercero de los hombres prodigiosos de la antigüedad. Nacido con todos los talentos, bravo, arrogante, elocuente, elegante, pródigo y siempre sencillo, pero sin el menor cuidado del bien y del mal, no tuvo más que un pensamiento, el de triunfar en donde Syla y Mario habían

fracasado, es decir, en convertirse en dueño de su país. Alejandro quiso conquistar el mundo conocido; Aníbal impedir la conquista de su patria; César en Roma, que había conquistado á casi todo el universo, no quiso más que conquistarla á su vez. Con este fin emplea todas las artes, aun las más viles, excepto la crueldad, no por bondad de corazón, sino por profundidad de cálculo y para no recordar las proscipciones de Mario y Syla á las imaginaciones amedrentadas. Quiere ser edil, pretor, pontífice, y contrae deudas inmensas para comprar el sufragio de sus conciudadanos. Corrompe á las mujeres, á sus maridos, como ha procurado corromper al pueblo. A todos los medios de corrupción quiere agregar las seducciones más elevadas del ingenio, y logra ser el más perfecto de los oradores romanos. Delicia y escándalo en Roma, no tarda en no poder vivir en su recinto. Coliga entonces al avaro Craso, al vanidoso Pompeyo, cuya debilidad gobierna, y se hace adjudicar las Galias, única comarca en la que aún queda algo por conquistar en los límites naturalmente asignables al imperio romano. Conquista, no para engrandecer á su patria, que apenas necesita nuevas preseas, sino para crearse soldados adictos, para adquirir riquezas y pagar sus deudas y las de sus ávidos partidarios. Combatiendo en el verano, intrigando en el invierno, dirige desde sus cuarteles de Milán la vanidad de Pompeyo, la avaricia de Craso, domina de esta suerte durante diez años los negocios romanos, y por fin, cuando Craso muere en Asia y no hay ya entre él y Pompeyo nadie que contrarreste el choque de las ambiciones, procura primero con astucia retardar la lucha cuyo peligro comprende; después, no pudiendo evitarla, atraviesa el Rubicón, avanza contra Pompeyo cuyas legiones estaban en España, le empuja desde Italia á Epiro, abandona entonces, como tan grandiosamente ha dicho él mismo, *á un general sin ejército para correr en pos de un ejército sin general*, disuelve en España las legiones de Pompeyo que mandaba Afranio, vuelve en seguida á Epiro, lucha contra Pompeyo y termina en Farsalia la querrela del supremo poder. Aún le falta destruir los restos del partido de Pompeyo que hay en Africa y en España; los destruye, acude á Roma á triunfar de todos sus enemigos, y funda en esta capital esa gran cosa que se llama el imperio romano; pero los republicanos le asesinan por haber pronunciado demasiado pronto el nombre de su obra. En esta vida tanto los medios como el fin són perversos, y sin embargo es preciso reconocer en César un mérito, el de haber querido substituir el imperio á la república, no con la sangre como Mario y Syla, sino con la corrupción que se acomodaba más con las costumbres de Roma y con el talento que convenía á su genio; y el sello particular de este personaje extraordinario, gran político, gran orador, gran guerrero, gran vicioso sobre todo, y clemente sin bondad, será siempre el de haber sido el mortal más completo que ha vivido en el mundo.

En lo sucesivo para encontrar hombres como éstos, es preciso pasar muchas hojas del gran libro de la historia, atravesar muchos siglos y llegar al noveno, en el que aparece Carlomagno entre el mundo antiguo y el moderno. No hay duda alguna de que en el seno de la civilización, de su sabiduría tan variada, tan fascinadora, tan fecunda, en la que el gusto de saber nace de la



misma sabiduría, se hallan mortales entusiasmados con las letras y las ciencias apreciándolas por sí mismas y por su utilidad, comprendiendo que son la fuerza motriz de todo, que por ellas recorre el navío los mares, el carro los caminos, que por ellas reina la justicia apoyada por la fuerza, que por ellas en fin la sociedad humana es á la vez hermosa, fascinadora, grata y segura de habitar: nada de esto es milagroso, sino muy natural! ¿Qué ojos después de haber visto la luz no la amarán? Pero que en el seno de una obscuridad profunda, unos ojos que jamás han conocido la luz la presientan, la amen, la busquen, la encuentren y procuren difundirla, es un prodigio digno de la admiración y del respeto de los hombres, y Carlomagno ofreció al mundo este prodigio!

Bárbaro, nacido en medio de los bárbaros, que sin embargo habían recibido del clero algunas partículas de la ciencia antigua, se enamoró con el más noble ardor de lo que hoy llamamos nosotros la civilización, de lo que él llamaba con otro nombre, pero que lo estimaba tanto y por los mismos motivos que nosotros. En aquella época la civilización era el cristianismo. Ser entonces cristiano era ser verdaderamente filósofo, amigo del bien, de la justicia, de la libertad de los hombres. Por todas estas razones Carlomagno fué un cristiano ferviente y quiso hacer prevalecer el cristianismo en el mundo bárbaro, entregado á la fuerza brutal y al más grosero sensualismo. En el interior de la Francia inculta y sin límites definidos, el Nordeste ó *Austrasia* estaba en lucha con el Sudoeste ó *Neustria*, y uno y otro con el Mediodía ó *Aquitania*. En el exterior se veía amenazada de nuevas invasiones por los bárbaros del Norte llamados sajones, por los del Sur llamados árabes, los unos y los otros paganos sobre poco más ó menos. Si una mano fuerte no acudía á oponer un dique en el Norte ó en el Mediodía, el edificio de los francos, apenas comenzado, podía desplomarse, todos los pueblos podían verse aún lanzados los unos sobre los otros, el torrente de las invasiones se desbordaría de nuevo, y arrastraría en su curso las semillas de la civilización apenas sembradas en la tierra.

Carlomagno, cuyo abuelo y cuyo padre habían empezado esta obra de consolidación, la continuó y la terminó. No se podrá decir si fué gran capitán, ni si podía serlo en su siglo. El capitán de estos tiempos era el que con el hacha de armas en la mano como Pepino, como Carlos Martel, iba seguido de guerreros conduciéndolos más lejos que los otros á través de las apiñadas filas del enemigo. Educado por estos antecesores, Carlomagno no era sin duda menos valiente que ellos, pero hizo más que combatir como un soldado al frente de sus groseros soldados, dirigió durante cincuenta años con miras firmes, sabias y sólidamente combinadas, su ciega bravura. Reunió bajo su mando la Austrasia, la Neustria y la Aquitania, es decir, la Francia; luego rechazando á los sajones hacia el Norte, persiguiéndolos hasta convertirlos en cristianos, única manera que había entonces de civilizarlos y de desarmar su ferocidad, rechazando hacia el Sur los sarracenos sin pretender someterlos, porque en este caso hubiera tenido que llegar hasta el Africa, deteniéndose prudentemente en el Ebro, fundó, sostuvo, gobernó un imperio inmenso. sin que pudiese acusársele de ambición desordenada, porque en aquella época no había fronteras, y si este imperio demasiado

extenso para el genio de sus sucesores no podía continuar bajo un solo cetro, al menos continuó bajo las mismas leyes, bajo la misma civilización, aunque en poder de diversos príncipes, y llegó á ser pura y simplemente la Europa. Manteniendo durante cerca de medio siglo este vasto imperio por la fuerza aplicada con una perseverancia infatigable, se consagró en el mismo espacio de tiempo á fundar el orden, la justicia, la humanidad como podían ser entendidas entonces, empleando para ello unas veces las asambleas nacionales que llamaba dos veces al año en torno suyo, otras el clero que era su gran instrumento de civilización, y por último sus representantes directos, sus famosos *missi dominici*, agentes de su incansable vigilancia. Sabiendo que las buenas leyes son necesarias, pero que sin la educación las costumbres no apoyan á las leyes, creó en todas partes escuelas en las que introdujo, no la sabiduría moderna, sino la de su época, porque de estos manantiales públicos no podía aprovechar más que las aguas de que disponía. Reuniendo á estas laboriosas virtudes algunas debilidades hijas, por decirlo así, de la excelencia de su corazón, rodeado de sus numerosos hijos, establecido en sus palacios que eran ricas haciendas, viviendo como un rey afectuoso, tan amable como sabio y profundo, fué más que un conquistador, que un capitán, fué el modelo perfecto del jefe del imperio, apreciando á los hombres, siendo correspondido por ellos, constantemente consagrado á hacerles bien, y habiéndoles dispensado quizás más beneficios que ninguno de los soberanos que han reinado en la tierra. Después de las terribles figuras de los Alejandros, de los Césares que han trastornado el mundo, más para divulgar su gloria que para difundir el bien, con cuánto placer se contempla esta figura benévola, majestuosa y serena, siempre dedicada al estudio ó á la felicidad de los hombres, y en la que no se descubre más que un solo pesar, y eso al fin de sus días, el de entrever los temibles esquifes de los normandos, cuyos estragos prevé sin tener tiempo para reprimirlos. Esto prueba que en el mundo no hay carrera completa, ni aun la más vasta y la más fecunda, que ninguna vida es dichosa hasta el fin, ni aun la que más ha merecido serlo!

Descendiendo á los tiempos modernos no se encuentran figuras colosales como éstas, bien porque la proximidad disminuye los prestigios ó bien porque al regularizarse el mundo, deja menos espacio á las existencias extraordinarias. Carlos V con su profundidad y su tristeza, Enrique IV con su seducción y su fina política, los Nassau con su constancia, Gustavo Adolfo vencedor con tan pocos soldados del imperio germánico, Cromwell asesino de su rey y dominador de la revolución inglesa, Luis XIV con su majestad y su buen sentido, no se elevan á la altura de las gloriosas figuras que hemos procurado bosquejar,

Es preciso llegar á dos hombres, Federico y Napoleón, á los que el doble brillo del talento y del genio militar coloca, al primero bastante cerca, al segundo completamente al nivel de los grandes hombres de la antigüedad. Federico, escéptico, satírico, jefe coronado de los filósofos del siglo XVIII, despreciador de todo cuanto existe respetable en el mundo, mofándose de sus mismos amigos, predestinado en cierto modo á desafiarse, insultar y humillar el orgullo de la casa de Aus-

tria y del antiguo orden de cosas que representaba, atreviéndose en el seno de la Europa fuertemente cimentada, en el que tan difíciles eran de crearse las nuevas posiciones, atreviéndose, decimos, á crear una nueva potencia, consiguiendo el honor de triunfar, luchando por sí solo contra todo el continente, gracias, es cierto, á la frivolidad de las cortes de Francia y de Rusia, gracias también al escaso talento de Austria; y después de emplear veinte años en la guerra, manteniendo con la política más profunda la paz del continente, hasta el punto de participar audazmente de la Polonia sin necesidad de disparar un solo cañonazo, Federico es una figura original y sorprendente, á la que, sin embargo, falta grandeza, por más que no carezca de grandes acciones; y esto, bien porque no hizo más que cambiar la proporción de las fuerzas en el interior de la confederación germánica, ó bien porque esta figura satírica no tiene la dignidad que impone á los hombres.

¡La grandeza! No es esto lo que faltaba al que le sucedió y le sobrepujó en la admiración y el estrago del mundo. Estaba reservado á la revolución francesa, llamada á cambiar la faz de la sociedad europea, producir un hombre que atrajese sobre sí las miradas, tanto como Carlomagno, César, Aníbal y Alejandro. Ni la grandeza de su misión, ni la inmensidad de los trastornos causados por él, ni el brillo, ni la extensión, ni la profundidad del genio, ni las cualidades del talento, faltan á este personaje para llamar y dominar la atención del género humano! Este hijo de un hidalgo corso, que pide á la antigua monarquía la educación que se daba en las escuelas militares á la nobleza pobre, que apenas sale de la escuela adquiere en una conmoción sangrienta el título de general en jefe, que pasa en seguida del ejército de París al de Italia, que conquista esta comarca en un mes, que atrae en torno suyo y destruye sucesivamente todas las fuerzas de la coalición europea, que le arranca la paz de Campo Formio, y que, ya demasiado grande para permanecer al lado del gobierno de la república, corre á Oriente á buscar nuevos destinos, pasa con quinientas velas por medio de las flotas inglesas, conquista al paso el Egipto, proyecta entonces invadir la India siguiendo el camino de Alejandro, regresa de pronto á Occidente por la renovación de la guerra europea, después de procurar imitar á Alejandro imita á Aníbal atravesando los Alpes, destruye de nuevo la coalición y le impone la brillante paz de Luneville; el hijo del pobre hidalgo corso recorre de este modo á los treinta años una carrera extraordinaria. Permaneciendo durante algún tiempo pacífico, forma con sus leyes las bases de la sociedad moderna, después se deja llevar de su ardoroso genio, ataca de nuevo á la Europa, la somete en tres jornadas, Austerlitz, Jena, Friedland, destruye y levanta los imperios, ciñe sus sienes con la corona de Carlomagno, ve á los reyes ofrecerle sus hijas, escoge la de los Césares, de la que obtiene un hijo destinado á llevar la brillante corona del universo, de Cádiz á Moscou, sucumbe á impulso de la mayor catástrofe de los siglos, rehace su fortuna, la pierde de nuevo, se ve confinado en una pequeña isla, sale de ella con algunos centenares de soldados fieles, reconquista en veinte días el trono de Francia, lucha de nuevo contra la Europa exasperada, sucumbe por la última vez en Waterloo, y después de haber sostenido guerras

más grandes que las guerras del imperio romano, se va, nacido en una isla del Mediterráneo, á morir en una isla del Océano, sujeto como Prometeo á una roca por el odio y el miedo de los reyes: no es posible negar que el hijo del pobre hidalgo corso ha representado bastante bien en el mundo la figura de Alejandro, de Aníbal, de César y Carlomagno! Genio tiene tanto como el que más de entre ellos: ruido ha hecho tanto como los que más trastornos han producido en el universo; sangre desgraciadamente ha vertido más que ninguno de ellos.

Moralmente vale menos que los mayores de estos grandes hombres, pero más que los más malos. Su ambición es menos vana que la de Alejandro; menos perversa que la de César, pero no es respetable como la de Aníbal, que se extingue y muere por ahorrarse á su patria la desdicha de ser conquistada. Su ambición es la ambición ordinaria de los conquistadores que aspiran á dominar en una patria engrandecida por ellos. Sin embargo, amaba á la Francia y gozaba con su grandeza tanto como con la suya propia. En el gobierno quiere el bien, le persigue como déspota, pero no le consagra la constancia ni la religiosa aplicación de Carlomagno. Desde el punto de vista de la diversidad de talentos es menos completo que César, quien obligado á seducir á sus conciudadanos antes de dominarlos, se aplica á persuadir del mismo modo que á luchar, y sabe hablar, escribir, obrar, mostrándose siempre natural y sencillo. Napoleón por el contrario, llegando de repente á la dominación por medio de la guerra, no necesita ser orador y quizá no lo hubiera sido nunca á pesar de hallarse dotado con elocuencia natural, porque jamás se habría tomado el trabajo de analizar con paciencia su pensamiento delante de los hombres reunidos, pero sabe escribir vigorosa y grandiosamente, hasta con cuidado, á veces un poco declamatorio como la república su madre; discute con más energía que César, pero no narra con su suprema sencillez, con su exquisita naturalidad. Inferior al dictador romano desde el punto de vista del conjunto de cualidades, le supera como militar, primero por ser más especial en la profesión, después por la audacia, la profundidad, la fecundidad inagotable de sus combinaciones; y en este concepto no tiene más que un igual ó un superior (no se sabe cuál de las dos cosas), Aníbal, porque es tan audaz, tan calculador, tan astuto, tan fecundo, tan terrible, tan tenaz como el general cartaginés, teniendo además una superioridad sobre él, la de los siglos. Con efecto, llegado después de Aníbal, de César, de los Nassau, de Gustavo Adolfo, de Condé, de Turenna, de Federico, ha podido llevar su arte al último límite. Por lo demás, para saber el peso de tales hombres, son necesarias las balanzas de Dios, y todo lo más que se puede hacer es bosquejar algunos de los rasgos más notables de sus imponentes fisonomías.

Para nosotros, franceses, Napoleón tiene títulos que no debemos desconocer ni olvidar, cualquiera que sea el partido á que nos hayan afiliado nuestro nacimiento, nuestras convicciones ó nuestros intereses. No hay duda en que al organizar nuestro estado social con el código civil, nuestra administración con sus reglamentos, no nos dió la forma política bajo la cual debía reposar definitivamente nuestra sociedad y vivir pacífica, próspera y libre; no nos dió la libertad que sus herederos nos deben todavía; pero al día siguiente, como quien dice,



de las agitaciones de la revolución francesa, no podía proporcionarnos más que el orden, y es preciso agradecerle que con el orden nos ofreciera nuestro estado civil y nuestra organización administrativa. Desgraciadamente para él y para nosotros, perdió nuestra grandeza, pero nos ha legado la gloria, que es la grandeza moral y se atrae con el tiempo la grandeza material. Por su genio nació para la Francia del mismo modo que la Francia para él. Ni él sin el ejército francés, ni él ejército francés sin él, hubieran realizado los prodigios que han realizado juntos. Autor de nuestras desventuras, pero compañero de nuestras proezas, debemos juzgarle severamente, pero conservándole los sentimientos que un ejército debe al general que por espacio de mucho tiempo le ha guiado á la victoria. Estudiemos sus altos hechos, que son los nuestros; aprendamos en su escuela, si somos militares el arte de conducir á los soldados, si hombres de Estado el arte de administrar los imperios; que nos sirvan de instrucción, sobre todo, sus faltas; acostumbremos, evitando sus ejemplos, á desear la grandeza moderada, la que es posible, la que es duradera, porque no es insoportable para los demás; en una palabra, estudiemos la moderación al lado de este hombre el más inmoderado de todos los humanos. Y en fin, como ciudadanos, deduzcamos de su vida una última y memorable lección, tal es la de que por grande, por sensato, por vasto que sea el genio del hombre, jamás hay que confiarle por completo los destinos de un país.

Ciertamente no somos nosotros de los que censuran á Napoleón el haber arrancado en la jornada del 18 brumario la Francia de las manos del Directorio, en las cuales acaso hubiera perecido; pero que fuera necesario sacarla de estas manos débiles y corrompidas, no era una razón para entregarla por completo á las manos poderosas, pero temerarias, del vencedor de Rivoli y de Marengo. No cabe duda en que si alguna nación ha tenido excusas para entregarse á un hombre, esta nación ha sido la Francia cuando en 1800 adoptó por jefe á Napoleón. No era con una falsa anarquía con lo que se procuraba amedrentar á la nación para encadenarla. ¡Ay! no: millares de existencias inocentes habían sucumbido sobre el cadalso, en las prisiones de la Aba-

dia ó en las aguas del Loira. Los horrores de los tiempos bárbaros se habían reproducido de pronto en el seno de la civilización espantada, y aun después de estar ya lejos estos horrores, la revolución francesa no cesaba de oscilar entre los verdugos, de cuyo poder había sido arrancada, y los emigrados ciegos, que querían hacerla retrogradar á través de la sangre, hacia un pasado imposible, mientras que en este caos se mostraba amenazadora la espada del extranjero! En aquel momento volvía de Oriente un joven héroe, lleno de genio, que vencedor en todas partes de la naturaleza y de los hombres, prudente, moderado, religioso, parecía haber nacido para encantar al mundo! Jamás seguramente fué más disculpable confiarse á un hombre, porque jamás fué menos simulado el terror que se experimentaba, ni jamás ha habido un genio más real que el del héroe en quien todos buscaban un refugio! Y sin embargo, después de algunos años, este modelo de prudencia convertido en loco, loco de otra locura que la del año 93, pero no menos desastrosa, inmolaba un millón de hombres en los campos de batalla, y excitaba las iras de la Europa contra la Francia, que dejaba vencida, anegada en su sangre, despojada del fruto de veinte años de victorias, en una palabra, desolada y no teniendo para florecer más que los gérmenes de la civilización moderna depositados en su seno. ¿Quién hubiera creído que el sabio, el prudente, el juicioso de 1800, sería el insensato de 1812 y de 1813? Si, esto hubiera podido preverse con sólo recordar que el poder omnímodo lleva en sí una locura incurable, la tentación de querer hacer todo lo que se puede hacer, hasta el mal después del bien. Por esta razón la gran vida de Napoleón, que tanta enseñanza encierra para los militares, los administradores y los políticos, también ofrece á los ciudadanos una lección, la de que no se debe nunca entregar la patria á un hombre, cualquiera que sean este hombre y las circunstancias! Al terminar esta larga historia de nuestros triunfos y de nuestros desastres, este es el último grito que se escapa de mi corazón, grito sincero que quisiera que llegase al corazón de todos los franceses, para persuadir á todos de que es preciso no deshacerse nunca de la libertad, y, para no exponerse á perderla, no abusar nunca de tan precioso don.

FIN DEL TOMO NOVENO

## INDICE DEL TOMO NOVENO

Páginas	Páginas		
LIBRO QUINQUAGÉSIMO. — Leipsick y Hanau . . . . .	1	LIBRO QUINQUAGÉSIMO SEXTO. — El Congreso de Viena . . . . .	407
LIBRO QUINQUAGÉSIMO PRIMERO. — La invasión . . . . .	82	LIBRO QUINQUAGÉSIMO SÉPTIMO. — La isla de Elba . . . . .	469
LIBRO QUINQUAGÉSIMO SEGUNDO. — Brienne y Montmirail . . . . .	134	LIBRO QUINQUAGÉSIMO OCTAVO. — El acta adicional . . . . .	527
LIBRO QUINQUAGÉSIMO TERCERO. — Primera abdicación . . . . .	177	LIBRO QUINQUAGÉSIMO NOVENO. — El campo de Mayo . . . . .	583
LIBRO QUINQUAGÉSIMO CUARTO. — Restauración de los Borbones . . . . .	303	LIBRO SEXAGÉSIMO. — Waterloo . . . . .	629
LIBRO QUINQUAGÉSIMO QUINTO. — Gobierno de Luis XVIII . . . . .	354	LIBRO SEXAGÉSIMO PRIMERO. — Segunda abdicación . . . . .	706
		LIBRO SEXAGÉSIMO SEGUNDO Y ÚLTIMO. — Santa Elena . . . . .	765

## INDICE DE LOS GRABADOS DEL PRESENTE TOMO

Páginas	Páginas		
El general Drouot . . . . .	49	Mueble donde Napoleón colocaba sus legajos en la isla de Elba. (Colección del príncipe Rolando Bonaparte) . . . . .	483
El general Poniatowski . . . . .	65	Leticia Ramolini . . . . .	485
Alejandro I de Rusia . . . . .	109	El coronel La Bedoyere . . . . .	495
Kleist de Nollendorf . . . . .	161	Sello del emperador Napoleón usado durante los cien días (1815) . . . . .	569
El duque de Dalberg . . . . .	181	El mariscal Grouchy . . . . .	673
El general Blücher . . . . .	201	El príncipe Guillermo de Prusia . . . . .	691
Dumesnil, llamado el de la pierna de palo, comandante de Vincennes . . . . .	311	Silla en que trabajaba Napoleón en Santa Elena. (Colección de S. A. I. el príncipe Víctor Napoleón) . . . . .	783
Luis XVIII . . . . .	349	Últimos días de Napoleón (copia de la estatua de Vela) . . . . .	809
El duque de Berry . . . . .	393	Santa Elena, 5 de mayo de 1821 . . . . .	817
Federico VI, rey de Dinamarca . . . . .	457	Firmas de Napoleón . . . . .	827
El general Exelmans . . . . .	473		
Mesa de trabajo de Napoleón en la isla de Elba. (Colección del príncipe Rolando Bonaparte) . . . . .	479		

